

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

J. Eric. S. Thompson

“A manera de prólogo”

p. 13-14

Miguel León-Portilla

Tiempo y realidad en el pensamiento maya. Ensayo de acercamiento

Cuarta edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2003

218 p.

Ilustraciones, mapas, cuadros

(Serie Culturas Mesoamericanas 2)

ISBN 970-32-0631-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/118/tiempo_realidad.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



A MANERA DE PRÓLOGO

Mucho estimo el honor que me hace al pedirme una introducción a su estudio sobre el concepto maya del tiempo. He tratado de satisfacer sus deseos, pero después de varios intentos me ha parecido más fácil escribirle esta carta abierta. En parte es congratulatoria, pero en parte también, como usted lo verá, es una especie de apología pro vita mea, al menos respecto de esa parte de mi vida relacionada con el estudio de la filosofía maya del tiempo.

Primeramente permítame felicitarlo por haber ampliado su interés hasta abarcar este muy especializado campo del tiempo entre los mayas. Valientemente combate usted contra una de las más grandes deficiencias de la investigación moderna, o sea contra la tendencia de saber cada vez más y más acerca de menos y menos. Como una víctima de este proceso, en cierto modo me siento como un pecador reincidente que felicita a un santo que ha superado la tentación. Hace cuarenta años, en mi primer trabajo en el Field Museum de Chicago, tenía a mi cargo cuanto se refiere a la arqueología y etnografía desde el Río Grande hasta la Tierra del Fuego; desde entonces parece que hubiera estado mirando con complacencia cómo se constreñían las fronteras de mi interés. Pero, ¡ay!, la estridencia del canto del gallo no guarda proporción con la pequeñez del montón de basura encima del cual se mueve. Al actuar contra esta moderna tendencia, pone usted un ejemplo que espero otros habrán de seguir.

Permítame también hacerle llegar mis más cordiales felicitaciones por su muy penetrante estudio de la filosofía maya del tiempo; abunda en nuevas formas de comprensión. Ha contemplado usted este viejo problema desde un nuevo punto de vista, el de la atmósfera más clara de las alturas en que se nutrió la cultura náhuatl.

Tal vez sea el pesimismo de muchos años de estar jugando a las escondidas con la realidad maya lo que me fuerza a susurrar para nosotros dos una palabra de alerta, la cual, así lo espero, sus oídos serán lo suficientemente agudos y los míos estarán lo suficientemente cerca para escucharla. Me temo que tanto sus intentos como los míos de estudiar la filosofía maya del tiempo quedarán lejos de alcanzar éxito completo. Tan

irracional es quizás esperar una comprensión satisfactoria del aura mística y emocional de la filosofía maya del tiempo por parte de una criatura de la cultura occidental del siglo XX, como lo sería esperarla respecto de un estudio balanceado, lleno de simpatía y penetración acerca del éxtasis de San Francisco, salido de la pluma de un ateo militante de nuestra edad materialista. Nuestras perspectivas distan mucho de las que tuvieron los mayas y, para remate de este tremendo obstáculo, está el hecho de que existan tantos aspectos del problema tan imperfectamente conocidos o tan completamente ignorados por nosotros. El estudioso ateo de la vida de San Francisco dispone para su objeto de fuentes incomparablemente más ricas que las que nosotros podríamos soñar en tener para el nuestro.

Hace muchos años, con arrogancia no justificada, comparé mi ambivalente posición como estudioso de los mayas, reclamando mi lugarcito, aunque ajeno a su ambiente filosófico, con la del humilde donante cuyo retrato recibía el privilegio de aparecer en un ángulo de una de esas grandes pinturas religiosas del temprano renacimiento, hecha por encargo suyo. Quise expresar así que, en el mejor de los casos, tanto el estudioso como el donante no eran realmente parte del tema central de la pintura, aunque recibían al menos el honor de una simbólica participación a distancia dentro del conjunto. Pero de hecho me estaba yo atribuyendo un rango muy elevado. Ni usted ni yo alcanzaremos, respecto de los misterios mayas, la comprensión que tuvo en su contexto el arrodillado donante en esa edad de la fe. Temo que nosotros nunca alcanzaremos siquiera un rincón dentro de la pintura.

Tal vez he sido excesivamente pesimista al describir nuestros problemas y la habilidad de usted para afrontarlos. Mi percepción emocional de los misterios mayas siempre estará desde esta orilla de la profunda quebrada que separa a la cultura maya de la nuestra. Nunca podré esperar ser un participante como lo fue aquel donante arrodillado que estuvo a la vez fuera de esa escena particular de un misterio o de un milagro, pero que al mismo tiempo fue un actor dentro de ella. Usted tal vez no tenga que permanecer tan lejos, en un extremo tan distante; sus estudios nahuas podrán mostrarle algún sinuoso sendero para traspasar la quebrada y alcanzar la otra orilla.

Los Ah Beeob fueron oscuras deidades mayas o, más probablemente, aspectos oscuros de dioses bien conocidos. Su nombre significa “Los del camino” y su atributo era quitar obstáculos a los caminantes. Libren de obstáculos el camino a sus pasos de exploración.

Con mis mejores deseos.

J. ERIC S. THOMPSON
Enero de 1967